

etna Coraballans de
Promoción Humana



AFROS

CENTRO PASTORAL AFROECUATORIANO

%% **El Dios herido**
cómo evangelizar
desde nuestras heridas

Ser Evangelio

Todos sabemos que 'Evangelio' quiere decir 'Buena Noticia'. Evangelizar, entonces, quiere decir anunciar la Buena Noticia. ¿Cuál es la Buena Noticia que anunció Jesús? San Pedro nos dice que Jesús *"pasó haciendo el bien y sanando a los oprimidos"* (Hch 10,38). La Buena Noticia que nos anunció Jesús, entonces, es El mismo: podría haber mejor noticia que la de saber que Alguien quiere hacernos el bien, que alguien se preocupa por nosotros y nos ama a tal punto que está dispuesto a dar su vida para nuestro bien?

Resulta así evidente que 'evangelizar' no significa, ante todo, anunciar- una doctrina, porque el Evangelio no es un simple 'paquete' de contenidos para transmitir. Evangelizar significa - en primer lugar - ser nosotros mismos Evangelio, transformar nuestra vida en una Buena Noticia para nuestros hermanos.

Nosotros evangelizamos desde lo que somos. Así, el secreto de una evangelización fecunda está en la calidad y en el amor del evangelizador. Como Misioneros Afro, el Pueblo Negro debe sentir que estamos dispuest@s a dar nuestra vida por El, debe percibir - en nuestras actitudes y en nuestra manera de ser - la ternura y la paciencia materna de Dios.

El hombre interior

"Hermanos, anteriormente no pude hablarles como a hombres movidos por el Espíritu Santo, sino como a individuos sujetos a sus pasiones. Como a cristianos todavía niños, les di leche y no alimento sólido, puEs entonces no b podían soportar. Pero ni aun ahora

pueden soportarlo, pues sus pasiones los siguen dominando. Porque, ¿cómo es cierto que siguen sujetos a sus pasiones y viviendo en un nivel exclusivamente humano?" (ÍCo 3,13).

En este pasaje Pablo nos recuerda que el primer objeto de nuestra misión somos nosotros mismos, una misión que nunca se acaba. En la comunidad cristiana de Corinto había rivalidades, celos, envidias, como en la comunidad de los primeros apóstoles, que discutían sobre quién era el más importante. Mientras seamos sujetos a estas pasiones, no podemos ser 'Evangelio', Buena Noticia para nuestros hermanos.

"Que el Señor se digne, según la riqueza de su gloria, fortalecer en ustedes, por su espíritu, al hombre interior. Que Cristo habite en sus corazones por la fe, que estén arraigados en el amor y en él puedan edificarse" (Ef 3,14-16).

Es importante fortalecer en nosotros el hombre interior y la mujer interior. Para hacer esto debemos dejar que Cristo habite en nuestros corazones. "*Zaqueo, hoy quiero quedarme en tu casa*", dice Jesús a este cobrador de impuestos (Le 19,5). ¡Qué incómodo que Jesús entre en nuestra casa! Sería mucho más fácil, para nosotros, que se quedara en la Iglesia: dejar a Jesús entrar en nuestra casa quiere decir permitirle cambiarlo todo, permitirle transformar nuestra manera de vivir. ¡Y eso es muy exigente!

Preguntémonos, entonces: Anuncio el Evangelio, es cierto, pero ¿soy Evangelio? ¿He dejado que Jesús transforme mis actitudes negativas?

Nuestras heridas

Como decía Henry Nowen, la violencia y las guerras nacen de heridas no curadas, porque sólo los que conocen en profundidad que son amados y gozan en este amor pueden ser verdaderos constructores de paz. La mayoría de los paramilitares que cometen masacres en Colombia, por ejemplo, son personas que en su infancia conocieron maltrato o que asistieron a episodios de violencia cruel.

En realidad, todos los seres humanos nacemos con una inquietud fundamental: ¿Mi vida es importante para alguien? ¿Soy lo suficiente amable, valgo lo suficiente para que mi vida le interese a alguien?

Como dice Jean Vanier, "*somos fruto de nuestra historia, la suma de todo lo que hemos vivido desde nuestra concepción; cada acontecimiento, feliz o desdichado, se ha inscrito en nuestra carne, y aunque nuestra memoria no lo recuerde, nuestro cuerpo sí se*

acuerda de todo. El lleva la huella de cada herida, de cada rechazo, de cada gesto o palabra que ha podido darnos la sensación de no ser amados, y por lo tanto de ser culpables. .. La primera vez que un niño pequeño se siente rechazado simplemente porque no se le escucha, porque su madre está cansada, el niño no comprende, se siente herido, y de la herida nace el sentimiento de que, si no es amado, es porque no es amable y de que, si es rechazado, es porque es culpable, sin saber bien de qué. Este sentimiento de culpabilidad le corroe en su interior...y condiciona muchos de sus actos sin que él se de cuenta. Somos modelados por todos los gestos de amor y de odio, por nuestros fracasos y nuestros éxitos; todo, literalmente todo, se inscribe en nuestra carne".

Un león herido es el más peligroso, porque la herida lo hace sentir vulnerable, y el león se defiende poniéndose agresivo, atacando al primer animal con que tropieza, y no a quien lo ha herido.

Así somos nosotros: llevamos algunas heridas, desde nuestra infancia, y eso nos hace agresivos contra personas que no tienen nada que ver con estas heridas, y que muchas veces no entienden nuestras reacciones, porque no conocen la herida que las origina.

Pregunta:

Piensa en tu infancia y en tu adolescencia, y recuerda uno o dos momentos en que te sentiste particularmente herid@.

Un Pueblo herido

El pueblo afro es un pueblo que lleva profundas heridas, por motivos históricos, sociales y familiares. En muchos casos la desintegración familiar que hemos vivido no nos ha hecho sentir amados, y muchas veces sentimos que nuestros hermanos han tenido más ventajas que nosotros. Eso crea en nuestro interior una actitud de sospecha: siempre pensamos que al otro se le ofrece algo mejor que a nosotros, que el otro tiene más oportunidades que nosotros, y nos sentimos víctimas.

Pero esta actitud de sospecha es causa de desunión. Cuando nos quejamos de la falta de unidad en el Pueblo Negro, entonces, tenemos que reconocer que nosotros somos parte del problema: si el Pueblo Negro no está unido no es sólo culpa de los demás, sino que es también culpa mía. El primer paso para luchar contra la división, entonces, es transformarme a mí mismo en agente de unidad, y reconocer que yo también soy parte del problema que quiero combatir.

El camino de conversión

Esta actitud de víctima herida nos hace, a veces, incapaces de perdonar y de pedir perdón, e incapaces de decir 'gracias'.

En efecto, cuando nos sentimos víctimas, no pedimos perdón, porque pensamos que - por más que nos hayamos equivocado - teníamos el derecho de hacerlo, considerando todo lo que hemos pasado, mientras que los verdaderos culpables son los demás: ellos sí han fallado y deben pedir perdón. Pedir perdón implica superar el victimismo y reconocer que no somos las únicas personas heridas, que también los demás llevan heridas y que también nosotros hemos provocado algunas heridas en los demás.

Tampoco la víctima está muy dispuesta a decir 'gracias', porque cuando nos sentimos víctimas, pensamos: "A mí todo me lo deben, porque he sufrido injusticia". Y así lo que recibimos no lo acogemos como don gratuito, sino como algo debido.

Entonces, el camino de conversión al cual nos llama el Señor para fortalecer en nosotros el hombre y la mujer interior debe concretizarse en estas tres actitudes:

- saber perdonar;
- saber pedir perdón;
- saber decir 'gracias'.

A veces se escuchan peticiones de perdón de este tipo: "Yo pido perdón si por si acaso, algunas veces, tal vez, sin darme cuenta, he ofendido a alguien". Esta es una petición de perdón muy barata, que no cuesta nada, porque no nos obliga a hacer un serio y profundo examen de conciencia.

En muchos *casos* vivimos al lado de personas a las que hemos profundamente herido, pero a las cuales nunca hemos pedido perdón. Nosotr@s estamos concentradas sólo en nuestras heridas, y no vemos las heridas que causamos en nuestros hermanos. Hoy quería invitarles - en un clima de fraternidad - a pedir perdón por cosas, gestos, palabras concretas, sin quedarnos en afirmaciones genéricas.

No lo hacemos por el gusto de flagelarnos, sino convencidos de que el reconocer nuestras heridas y pedir perdón es un acto liberador, en el sentido que nos libera de algunos pesos que nos oprimen y nos impiden ser Evangelio, ser Buena Noticia para nuestros hermanos.

Preguntas:

¿Me siento víctima?

¿Cuántas veces, en este último mes, he pedido perdón?

¿cuántas veces he dicho 'gracias'?

Descubrir al enemigo

En este camino de conversión es muy importante, siguiendo la sugerencia de Jean Vanier, concentrarnos en la frase de Jesús: *"Amen a sus enemigos, hagan el bien a los que los odian, bendigan a los que los maldigan, rueguen por los que los difameri"* (Le 6,27-29).

Jesús sabe que la rivalidad tiene raíces muy profundas en el corazón del hombre. Tenemos tanto miedo de no contar para los demás que luchamos para afirmarnos. Por eso vivir en comunidad o en familia no es fácil.

Jesús nos pide amar a nuestro enemigo. Y este enemigo, como especifica Vanier, muchas veces es alguien muy

cercano a nosotros: nuestro vecino de casa, o esa persona que no soporto en mi comunidad, en mi familia, en mi grupo parroquial, en el Centro Afro, etc. Sin duda hay por lo menos una persona que siempre suscita mi ira, mi depresión o mi agresividad. Comenta a este respecto Jean Vanier: *"Una de las cosas importantes durante un retiro es descubrir quién es nuestro enemigo. Es muy importante preguntarse de verdad, delante de Dios, quién me bloquea, quién me amenaza, me angustia o me hace refugiarse en la tristeza o en la agresividad. Es normal tener enemigos, es decir, personas que tienen incidencia en nuestra vulnerabilidad, que despiertan nuestros mecanismos de defensa, es algo que forma parte de nuestra humanidad herida"*. Pero a esta humanidad herida Jesús dice: "Amen a sus enemigos". Dios no pretende que no tengamos enemigos, pero nos pide que los amemos.

En este retiro cada uno busque encontrar quién suscita sus miedos, con quién evita dialogar; y después presentamos esta persona a Jesús, que nos dice: "¡Ámala!".

Es verdad, Jesús nos está pidiendo lo imposible, nosotros no podemos amar a nuestro enemigo. Pero, concluye Vanier, *"somos verdaderamente cristianos cuando descubrimos que Dios es el dueño de lo imposible, y que nosotros necesitamos del Espíritu Santo para hacer aquello que no podemos hacer por nosotros mismos. El perdón es divino, es el secreto más profundo de Jesús. Una comunidad, una familia, no puede existir si no se fundamenta en el perdón"*. Los

Misioneros Afro no pueden existir si no saben perdonar y no saben pedir perdón.

Reparar nuestros muros

"Compartirás tu pan con el hambriento, los pobres sin techo entrarán a tu casa, vestirás al que veas desnudo y no volverás la espalda a tu hermano. Entonces la luz surgirá como la aurora y tus heridas sanarán rápidamente... Si en tu casa no hay más gente explotada, si apartas el gesto amenazante y las palabras perversas...brillará tu luz en las tinieblas... Volverás a edificar sobre las ruinas antiguas y reconstruirás sobre los cimientos del pasado; y todos te llamarán: El que repara sus muros, el que arregla las casas en ruinas" (Is 58,7-12).

En este pasaje, el profeta compara nuestro ser a una casa en ruinas, cuyos muros necesitan reparación. Entonces, reparar nuestros muros, curar nuestras heridas es tarea indispensable de un Misionero Afro, porque sabemos que eso va repercutir en nuestra actividad pastoral, en nuestra evangelización. Si dejamos nuestra casa en ruinas, el espíritu de la envidia, de la desconfianza, del protagonismo, del victimismo y del egoísmo entrará por las fisuras que no hayamos arreglado.

Para que nuestras heridas se sanen rápidamente, la Palabra nos sugiere que compartamos con nuestros hermanos y que renunciemos a todo tipo de agresividad y de palabras perversas.

El Dios herido

Todo lo que hemos dicho hasta ahora, ¿acaso implica que una persona herida no puede evangelizar?

Todo lo contrario. Nuestro Dios es un Dios herido, y puede ayudarnos precisamente porque sabe qué quiere decir sufrir, qué quiere decir ser herido. Lo importante es transformar nuestras heridas en una fuerza de salvación. Como dice la Escritura, *"El cargó con nuestros pecados... Por sus heridas han sido sanados"* (Ipe 2,24). Son las heridas de Jesús las que nos sanan: conociendo el dolor, Jesús nos enseña cómo sobrellevarlo y cómo convertirlo en una fuente de fecundidad.

Un nuevo concepto de santidad

A este propósito, Jesús nos presenta un concepto completamente nuevo de santidad. Propiamente, en efecto, 'santo' quería decir 'separado', alejado de los demás. En el Antiguo Testamento, nadie podía entrar en la sala central del Templo, excepto los sacerdotes que se turnaban en este *cargo*. Según esta antigua concepción, no es posible acercarse a Dios, porque Dios es el Santo, y el Santo es por definición el 'inalcanzable', un Dios que no se mezcla, no se 'contamina' con los seres humanos. También las normas de pureza de los judíos nacen de este concepto de santidad: no hay que 'contaminarse' con ciertas cosas del mundo.

En cuanto a los antiguos paganos, según la concepción griega de los filósofos estoicos, la santidad consiste en no dejarse afectar por lo que pasa en este mundo: ser santo quiere decir permanecer impassible frente a los dolores y a los gozos.

El Dios del Evangelio, en cambio, es un Dios que se deja afectar, un Dios que se deja herir: son las heridas de Dios las que nos salvan. Con Jesús Dios entra en las heridas del hombre, las asume en su propia *carne*: con Jesús Dios renuncia a la 'pureza' del Templo y se deja 'contaminar' por los seres humanos, por nuestros dolores y nuestras esperanzas.

Ser santo a la manera de Jesús, entonces, quiere decir compartir las heridas de nuestro pueblo, dejarnos afectar y 'contaminar' por sus esperanzas y sus sufrimientos. Ser misioneros a la manera de Jesús quiere decir sentir estas heridas: sólo el que ha experimentado qué es una herida sabe cómo afrontarla y cómo curarla.

Las heridas de Jesús

Jesús experimentó muchas heridas, a partir de su infancia: la herida del rechazo, la herida de la incomprensión, la herida de la marginalización, la herida de la persecución, la herida de la traición, la herida del abandono, hasta recibir una herida mortal en su costado.

Como afirma Jean Vanier, *"Dios no es un Dios seguro que - desde lo alto - nos dice a todos lo que debemos hacer, sino que es un Dios angustiado y sediento de amor, un Dios incomprendido. Nuestro Dios es un amante, un amante herido. Este es el misterio de Cristo: un amante herido que desea ser amado y anunciar el amor"*.

Estas palabras nos sugieren que la herida que Jesús sufrió en su costado en el Gólgota fue sólo la última de tantas heridas.

De hecho, Jesús fue rechazado por los hombres desde que fue concebido en el vientre de su madre, y por eso María fue obligada a dar a luz en un establo de animales. Después, cuando empezó su vida pública, fue herido en primer lugar por sus familiares, que no creían en su misión: *"Susparientes fueron a buscarlo para llevárselo, pues decían: - Se ha vuelto loco-"*(Me 2,21).

Después Jesús conoció el rechazo de sus paisanos de Nazareth, que hasta querían matarlo: *"Ningún profeta es bien recibido en su patria"*(Le 4,24).

Cristo fue herido también por Jerusalén, que rechazó la ternura de su abrazo maternal: *"Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que Dios te envía, ¡cuántas veces he querido reunir a tus hijos, como*

la gallina reúne a sus pollitos bajo sus alas, y tú no has querido!"(Mt 23,37). Para Dios no hay dolor más grande que el sentirse rechazado por sus propios hijos.

En fin, Jesús fue herido por la traición de su amigo Judas (Jn 13,21) y por " *todos sus discípulos*", que en el momento del peligro " *lo abandonaron y huyeron*" (Mt 26,56).

Preguntas:

- *¿En cuál de estas heridas de Nuestro Señor te reconoces más?*

Pon tu herida en la herida de Jesús: El te la vendará.

El Misionero herido

Curar la herida no quiere decir borrarla. Aun después de resucitar, Cristo sigue llevando heridas en su cuerpo (Jn 20,19-28). Si ni el Resuscitado pudo borrar sus heridas, ¿pretendemos que se borren las nuestras?

El Resuscitado es un sanador herido. El Buen Pastor, como decía san Comboní, tiene un "corazón transpasado". También el Misionero Afro es llamado a ser un sanador herido, un curandero herido.

De hecho, tenemos sólo dos opciones con nuestras heridas: o se quedan atrofiadas y nos siguen obstaculizando, o las ponemos en las manos de Jesús, que las transformará en fortalezas. En efecto, las heridas - puestas en las manos de Dios - nos maduran, nos hacen más comprensivos y más compasivos.

Así, el sanador herido es experto en heridas, y sabe cómo interpretar sus síntomas. Es interesante, por ejemplo, ver cómo la mamá sabe interpretar el llanto de

su bebé: puede ser que tenga frío, o puede ser que tenga hambre, o puede ser que se sienta solo, etc.

Asimismo, el Misionero Afro conoce las heridas y el llanto de su Pueblo, sabe cómo interpretarlo y cómo afrontarlo, lo que no quiere decir necesariamente borrarlo. De hecho, hay algunas heridas que se pueden sanar completamente, mientras hay otras que se quedan allí: se pueden vendar pero no curar.

Como dice Jean Vanier, "*Jesús no ha venido a explicar el sufrimiento ni a justificar su existencia. Nos ha revelado algo distinto: que todo sufrimiento, y toda herida, puede convertirse en ofrenda, puede convertirse en fuente de vida y ser fecunda*". En otras palabras, el dolor no podemos borrarlo ni explicarlo, pero sí podemos aprender a ofrecerlo.

Y así nuestra herida - unida a la herida del Crucificado - se transforma en un misterio de amor y comunión que da vida al mundo.

La persona en primer lugar

A veces, en nuestra actividad pastoral, puede pasar que nos concentramos mucho en los problemas y en las actividades que hemos programado, y nos olvidamos de las personas con que estamos trabajando.

A este propósito, un sacerdote me contó lo que le pasó hace tiempo. La actividad pastoral le iba muy bien, las iniciativas florecían una tras otra, nunca se habían realizado tantas actividades e involucrado a tantas personas como en aquel período. Todos debían de estar muy contentos y satisfechos; y sin embargo, una de las principales colaboradoras de la parroquia - María -

empezó a mostrar signos de nerviosismo, de insatisfacción. El sacerdote se preguntaba: ¿pero por qué - ahora que las cosas están yendo tan bien - la señora María se me pone molesta?

Y después el sacerdote se dio cuenta que - en medio de tantas actividades y de tantas cosas que hacer - se había olvidado de la persona, y ya no 'perdía' tiempo hablando y escuchando a la señora María, como hacía antes. Sin que el sacerdote se diera cuenta, la señora María empezó a sentirse excluida, marginada.

Una tentación que hay que evitar, entonces, como nos explica Henry Nowen, es la de centrarse más en los temas y en los problemas que en las personas. Cuando nuestra actividad misionera se orienta primariamente en función de los temas y de los problemas, fácilmente pierde vigor y se vuelve fría, calculadora y muy impersonal. Cuando luchamos por objetivos, y dejamos de ver a las personas concretas, con su personalidad, con su historia única y con sus heridas, la competencia domina sobre la compasión y conseguir el objetivo podría significar perder a las personas. Es verdad, hay innumerables problemas en Ecuador y en el mundo: el racismo, la deuda externa, la pobreza, la prepotencia del Imperio, etc. *"Pero las personas"*, como afirma Nowen, *"no son problemas que se afrontan y se resuelven con un diagnóstico científico; las personas tienen nombres y rostros"*. Un problema puede exigir estudio e investigación, pero no podemos amar los problemas. En cambio sí podemos y debemos amar a la gente. Será este amor - atento a las heridas de mi pueblo - el que me revelará cómo abordar los problemas.

Una pastoral que no tenga en cuenta las heridas del pueblo y que no ponga a las personas en el primer lugar esta destinada al fracaso.

Preguntas:

-¿Conocemos la vida, la historia de las personas con que trabajamos? Nos preocupamos por conocerla?

Sentirse cuerpo

A veces es muy fácil programar encuentros, preparar material, dar charlas y organizar actividades. Nuestra pastoral está llena de actividades. Porque hacer cosas es relativamente fácil, nos gusta hacer cosas. Lo más difícil es entrar en comunión, porque eso nos hace vulnerables. Entrar en comunión es difícil, porque tenemos miedo a ser herid@s una vez más; esforzarse entrar en comunión quiere decir correr el riesgo de ser mal interpretados, de ser rechazados, de ser marginados; en pocas palabras, entrar en comunión quiere decir afrontar la cruz, como hizo Jesús.

Y la cruz nos asusta. Pero no hay alternativas: no hay amor sin disponibilidad a afrontar la cruz. La alternativa sería limitarnos a hacer cosas.

Sólo el Espíritu puede darnos la fuerza de afrontar este riesgo, y ayudarnos a superar nuestros miedos, y a mirar con amor las heridas y los mecanismos de defensa de nuestros hermanos. Sólo el Espíritu puede ayudarme a ver - más allá de una palabra agresiva - el grito de un niño herido que está implorando atención, cariño y amor, y todo eso lo podremos hacer sólo si nos sentimos cuerpo.

"Se les pidió despojarse del hombre viejo al que sus pasiones van destruyendo, pues así fue su conducta anterior. Revístanse, pues, del hombre nuevo, el hombre según Dios que él crea en la verdadera justicia y santidad. Por eso, no más mentiras; que todos digan la verdad a su prójimo, ya que todos somos parte del mismo cuerpo. Si se enojan, no pequen; que el enojo no les dure hasta la puesta del sol, pues de otra manera se daría lugar al demonio....No salga de su boca ni una palabra mala, sino la palabra que hacía falta y que deja algo a los oyentes.

No entristezcan al Espíritu Santo de Dios; éste es el sello con el que ustedes fueron marcados y por el que serán reconocidos en el día de la salvación. Arranquen de raíz de entre ustedes disgustos, arrebatos, enojos, gritos, ofensas y toda dase de maldad. Más bien sean buenos y comprensivos unos con otros, perdonándose mutuamente como Dios los perdonó en Cristo" (Ef 4,22-32).

Como misioneros debemos sentirnos parte del mismo cuerpo. A veces nuestro cuerpo nos hace sufrir; por ejemplo, un dolor del estómago casi no nos hace dormir. Pero no es que nos enfademos con el estómago porque nos hace sufrir, sino que sentimos el dolor del estómago como dolor nuestro. Lo mismo debe pasar entre nosotros: sentirse cuerpo quiere decir ser fuente de unidad en un mundo dividido.

Ser cuerpo quiere decir también gozar por el bien del otro. Si el estómago se siente bien, la cabeza también se pone contenta, porque se siente parte del mismo cuerpo. A veces, en cambio, nosotros somos incapaces de gozar de los dones de nuestros hermanos. Sentirse cuerpo, entonces, quiere decir también saber decir gracias a Dios por todos los dones que ha dado a nuestros hermanos.

A este propósito, en su encíclica "Novo Millennio Ineunte" el papa afirma: *"Espiritualidad de comunión significa capacidad de sentir al hermano - en ia unidad profunda del Cuerpo Místico - como 'uno que me pertenece', significa saber compartir sus gozo y sus sufrimientos, saber intuir sus deseos y preocuparnos por sus necesidades. Espiritualidda de comunión quiere decir saber ver lo positivo que hay en el otro, y acogerlo y valorizarlo como don de Dios... No nos engañemos: sin este camino espiritual, los instrumentos exteriores de la comunión no servirían para nada"*.

Preguntas:

-¿Cuáles son los instrumentos exteriores de comunión para los Misioneros Afro?

- *¿A qué punto estamos, como Misioneros Afro, en este camino espiritual de comunión? ¿Qué pasos hemos dado? ¿Dónde tenemos todavía que crecer?*

Saber bendecir

La bendición juega un papel fundamental en nuestra vida. El ser humano, todos los seres humanos necesitamos bendiciones. Cuando logramos algo importante, sentimos la necesidad de compartir nuestro gozo con un amigo, necesitamos la presencia de alguien que nos diga: "Has hecho bien. Estoy contento: tu gozo es el mío".

El individualismo de la cultura actual quiere hacernos creer que somos autosuficientes, quiere borrar esta necesidad íntima de sentirnos bendecidos. Y así hoy vivimos una vida sin bendiciones; pero una vida sin bendiciones no es una vida humana.

Necesitamos bendiciones porque somos imagen de Dios, y también Dios necesita de bendiciones, quiere que lo bendigamos y que le declaremos nuestro amor: *"Me amarás con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas"*(Dt 6,5). Y cuando no lo amamos con fidelidad, cuando no lo bendecimos. Dios se siente herido, porque es muy sensible, y nos reprocha nuestra infidelidad: *"¿Qué he de hacer contigo, Judá? El amor que me tienes es como una nube matinal, como el rocío que sólo dura algunas horas"* (Os 6,4).

"Bendecir" significa 'decir bien', hablar bien de alguien, apreciarlo y valorarlo. Es ésta la necesidad más profunda de nuestro corazón, escuchar la voz de alguien

que nos diga: "Tú eres importante para mí, y yo te aprecio mucho por esto, esto y esto".

El filósofo Gabriel Marcel, hablando de la complementariedad entre el principio de igualdad y el principio de fraternidad, decía que el principio de **igualdad** se fundamenta en la razón y corresponde a una actitud reivindicativa del "yo", que justamente afirma: *"Yo no valgo menos que tú, yo no tengo menos derechos que tú"*. Es una actitud justa y necesaria, pero si nos quedamos sólo en este nivel, la vida comunitaria sería un continuo intercambio de reivindicaciones individualistas. Por eso, es necesario complementar la reivindicación de la igualdad de derechos con la actitud de la **fraternidad**; en este caso el "yo" se descentraliza en el "tú", diciéndole: *"Tú vales mucho para mí, tú eres importante para mí, y yo sé que no puedo ser feliz si tú también no lo eres, porque tú eres mi hermano"*.

Es evidente que esta actitud no se explica en términos racionales: la fraternidad entre los hombres es una categoría y una actitud de fe, no tiene una explicación racional

Fraternidad, entre otras cosas, implica reconocer que mi hermano es diferente a mí, que tiene dones y talentos distintos de los míos, e implica saber gozar de estos dones.

Preguntemonos: ¿cuántas veces, en nuestras actividades pastorales, nos bendecimos, gozamos de los dones y de los logros de nuestros hermanos?

Pongamos ahora en las manos del Señor a todos los que trabajamos en la Pastoral Afro. Cada uno de nosotros escoja a un hermano o hermana por la cual quiere dar gracias a Dios, evidenciando sus dones y talentos.

De esta manera podremos sentirnos parte del mismo cuerpo y nos uniremos en un gran abrazo, en una gran bendición fraternal.